

—¡El prisma no se había roto!

Pero siempre encontraba humillante el estar obligado á ocultarme. Comenzó á cansarme esa existencia de precauciones incesantes, se me hacia tarde para abandonar la personalidad de mi amigo Francis Burnett y recobrar la mía.

Por otra parte, nos habíamos jurado la señora de Claudieusé y yo, que nunca trascurriría un mes sin que pasáramos juntos algunas horas, y ella había inventado diversas estrategias para que estuviéramos sin peligro.

Una desgracia de familia vino precisamente, en esa época, á servir á nuestros proyectos.

El hermano mayor de mi padre, ese tío indulgente que me había dado para comprar mi casa de Passy, murió, legándome toda su fortuna.

Propietario de Boiscorán, iba yo á tener razones poderosas para vivir en el distrito, ó en todo caso de venir aquí sin que nadie se inquietara por lo que venía á hacer.

XIV

Era un hecho manifiesto que Santiago de Boiscorán deseaba concluir cuanto ántes, llegando á lo de la noche del incendio de Valpinson, y saber al fin por el célebre abogado de Sauveterre lo que debía esperar ó temer.

Después de un momento de silencio, porque le faltaba la respiración, y de dar algunos pasos en su celda:

—¡Pero para qué son tantos detalles, Magloire? dijo con tono amargo. ¿Tendreis la fé que os falta después de que os haya enumerado una á una mis entrevistas con la señora condesa de Claudieuse, y dado á conocer hasta sus más insignificantes palabras?...

Llegamos muy pronto á calcular tan exacta y profundadamente nuestro modo de proce-

der, que nos encontramos frecuentemente sin peligro alguno.

No, decíamos al despedirnos ó ella me escribía: «Tal día, á tal hora, en tal lugar.» Y por lejanó que estuviera el día, por incómoda que fuera la hora, por larga que fuera la distancia, nos encontrábamos allí.

Había llegado muy pronto á conocer los alrededores de aquí, mejor que los más viejos moradores, y nada nos servía tanto como el saber todos los retiros ignorados.

La condesa, por su lado, no dejaba trascuir tres mes sin encontrar un motivo urgente para ir á la Rochela ó á Angulema, y de París salía yo para ir á encontrarla.

Nada la detenía.

Estando en cinta, porque en ese año de 1867 tuvo su segunda hija, sin embargo no le impidió sus viajes.

Es verdad que mi vida la pasaba en los caminos, y que á cada momento, cuando nadie lo esperaba, desaparecía semanas enteras.

Hé aquí la explicación de ese carácter vagabundo, del cual se burlaba mi padre, y vos mismo, Magloire, me habeis reprochado en otro tiempo....

—¡Es verdad! aprobó el abogado, lo recuerdo....

Santiago no se dió por entendido de su aprobación.

—Mentiría, prosiguió, si dijera que esa vida me disgustaba. No. El misterio y el peligro se añadían al atractivo de nuestros amores. Los obstáculos irritaban mi pasión. Encontraba algo de sublime en el hecho de que dos seres inteligentes, consagrarán exclusivamente todo lo que tenían de inteligencia, á proseguir y ocultar una peligrosísima intriga.

Mientras más me constaba la veneración de que era objeto la condesa de Claudieuse en estos lugares, más pruebas adquiría de la habilidad de su disimulo y de lo profundo de su perversidad, y más me envenecía de verla así.

El orgullo en ardientes soplos me subía al cerebro, cuando al presentarme los domingos en Bréchy solamente por ella, la veía pasar tranquila y serena, con la imponente seguridad de llevar por todas partes puro su renombre....

Me reía de la sencillez de aquellos inocentes que se inclinaban tan bajo, creyendo venerar á una santa, y con una satisfacción idiota me felicitaba de ser el único que conocía á la verdadera Condesa de Claudieuse, que tomaba tan alegremente su revancha en nuestra casa de la calle de las Vifias.

Pero tales delirios no podían durar....

No tuve necesidad de mucho tiempo para convencerme de que me había proporcionado un amo que era más exigente é imperioso que hubiera existido jamás.

Hasta cierto punto había dejado yo de pertenecerme. Había llegado á ser para ella un objeto y no debía vivir, respirar, pensar ú obrar sino por ella. ¡Nada le importaban mis repugnancias ni mis gustos! Ella quería y con eso bastaba. Me escribía: «Venid» y era preciso que corriera al instante. Me decía: «Marchaos» y tenía que alejarme lo más pranto posible.

Al principio, acepté con alegría el despotismo de su amor, pero poco á poco me fatigó aquella abdicación perpetua de mi voluntad. Me quejaba de no poder disponer de mí, de no atreverme á proyectar algo con veinticuatro horas de anticipación. Comenzaba á sentir que se estrechaba la sogá que me había pasado al derredor del cuello.

Me vino la idea de huir.

Uno de mis amigos iba á emprender un viaje al rededor del mundo, que debía durar diez y ocho meses ó dos años y tuve deseo de partir en su compañía.

¿Qué me detenía? Estaba por mi posición y mi fortuna en la más absoluta independencia.

¿Por qué no había de realizar aquel'a inspiración?...?

¡Ah! porque.... el prisma no se había roto todavía. Era porque si maldecía la tiránica influencia de la señora de Claudieuse, me estremecía aún cuando oía pronunciar su nombre. Era porque si pensaba huir, una sola de sus miradas removía mi sangre dentro de las venas. Era porque estaba atado á ella por los mil hilos de la costumbre y de la complicidad, aquellos hilos que más ténues al parecer que un hilo de la Virgen, son más duros para romperse que el cable de un buque.

Sin embargo, aquella idea fué causa para que por primera vez pronunciara delante de ella la palabra separación, preguntándole lo que haría si llegara á dejarla.

Me miró con un aire singular y después de un momento:

—¿Eso es serio? me preguntó. ¿Es un preludio?

No me atreví á ir más lejos y esforzando una sonrisa:

—«No es mas que una broma, respondí.»

—«Entonces, no hablemos más. Si llegarais á ese extremo ya veriais lo que haría.»

No insistí más, pero su mirada quedó en mi espíritu y me hizo comprender que estaba ligado á ella más estrechamente de lo que suponía.

Por esa razón, el romper vino á ser mi idea fija.

—¡Y bien! ¡era preciso romper! exclamó el abogado.

Santiago de Boiscorán movió la cabeza.

—Es fácil aconsejar, respondió. Lo intenté y no pude. Diez veces llegué cerca de la señora de Claudieuse resuelto á decirle: «No nos veremos más,» diez veces en el último momento, me faltó el valor.

Ella me irritaba, casi llegué á odiarla, ¡pero podía acaso olvidar cuanto la había amado y todo lo que había arriesgado por mí!

Después, ¿porqué no le he confesado? me causaba miedo.

Su caracter inflexible que tanto había admirado en otro tiempo me espantaba, y me estremecía sobrecogido de vagas y siniestras apreñsiones, pensando en todo aquello de que era capaz.

Erá pues, presa de las más espantosas perplejidades, cuando mi madre me habló de un casamiento que soñaba para mí hacía mucho tiempo.

Ese podía ser el pretexto que no había sabido encontrar. En todo caso pedí que se me dejara reflexionar. En la primera vez que me encontré con la señora de Claudieuse, armándome de todo mi valor:

—«Sabeis lo que pasa, le dije, mi madre quiere casarme.»

Se puso más pálida que la muerte y fijando bien en mí sus ojos, como si esperara leer en el fondo de mi alma:

—«Y vos, me preguntó, qué queréis?»

—«Yo, respondí riendo de un modo forzado, nada quiero por el momento. Pero tarde ó temprano será necesario pasar por eso. El hombre necesita un hogar, con afecciones que el mundo reconozca...»

—«Y yo, interrumpió, ¿qué soy, pues, para vos?....»

—«Vos, exclamé, vos, Genoveva, os amo con toda la fuerza de mi alma, pero un abismo nos separa, sois casada.»

Me seguía mirando, siempre con obstinación.

—«En otros términos, replicó, me habeis amado para pasar el tiempo... He sido la distracción de vuestra juventud, la poesía de vuestros veinte años, esa novela de amor que todo hombre quiere tener... Pero os volveis grave, necesitais afecciones serias y me abandonais. Sea. ¿Pero qué será de mí si os casais?»

Yo sufría cruelmente.

—«Teneis vuestro marido, balbució, vuestras hijas....»

Ella me detuvo.

—«Eso es, dijo; volveré á vivir en Valpinson, en ese lugar lleno de vuestros recuerdos, donde cada sitio hará que me acuerde de nuestras citas, cerca de mi marido á quien he traicionado y de mis hijas de las que una es vuestra. Eso no es posible, Santiago ...»

Estaba lleno de valor en aquel momento.

—«Sin embargo, dije, es posible que me case. ¿Qué hareis?....»

—«¡Oh! poca cosa, me respondió. Remitiré todas vuestras cartas al conde de Claudieuse.»

Después de treinta años que hacía defensas en los tribunales el señor Magloire, nunca había oído tan extrañas confidencias.

Jamás sus ideas habían sido tan trastornadas como en aquel momento.

—«Eso es para confundir el espíritu, murmuró.

Pero ya Santiago había proseguido.

—«La amenaza de la condesa de Claudieuse era seria? No lo dudaba. Afectando sin embargo una gran calma:

—«No hareis eso, la dije.»

—«Sobre todo lo que tengo en el mundo de querido y de sagrado, me respondió, lo haré.»

Muchos meses han trascurrido después de esa escena. Magloire, muchos acontecimientos se han sucedido y sin embargo me parece que fué ayer.

Veo todavía á la condesa más blanca que un espectro, siempre escucho su voz extremeceadora y casi textualmente os repito sus mismas palabras

—«¡Ah! mi resolución os admira. Santiago continuó con ardientes frases. Lo concibo. Las mujeres que faltan á sus deberes, no están acostumbradas á que sus amantes cuenten con ellas. Hay traiciones y se callan. Hay abandono y se resignan. Hay sacrificios y ocultan sus lágrimas, porque llorar sería confesar la falta. Por otra parte, ¿quién las defendería si dejaran sospechar su desesperación? ¿No es el abandono el castigo previsto? Así es que entre los hombres, y hay algunos bastante indignos y cínicos para confesarlo, queda convenido que una mujer casada es una querida cómoda, de la que nunca hay que temer los celos, y que se puede dejar como se ha tomado, en un momento de capricho. ¡Ah! ¡qué cobardes somos!.... Si tuviéramos valor, pensarían mucho antes de apoderarse de la mujer de otro! ¿Pero lo que las otras no se atreven á hacer lo he de intentar yo?.... No se dirá que nuestra común falta se dividirá en dos partes, que vos recogeréis todo el beneficio y yo soportaré todo el castigo.... ¡Cómo! ¿vos, mañana, estareis libre para correr en pos de nuevo, amores y de volver á comenzar vuestra vida, y yo me

quedará sólo, en el fondo del abismo de la vergüenza, desgarrada por el pesar y roída por el remordimiento?... ¡No seré en vuestro pasado sino un sueño encantador y sereis en el mio un recuerdo espantoso!... ¡No! ¡no!... ¡Alianzas como las nuestras remachadas por años de complicidad, no se rompen de esa manera!...

«Me perteneceis, sois mio, os defenderé contra todo, solo con las armas que tengo á mi disposición!... Os he dicho que tenía á mi reputación en más que á mi vida, pero no le he dicho que aprecio la vida!... Casaos..... La víspera de vuestro matrimonio todo lo sabrá mi marido... ¡No sobreviviré á la pérdida de mi honor, pero al menos quedará vengada! Si escapais al odio del conde de Claudieuse, vuestro nombre quedará unido á una de esas historias tan trágicas, que pesará sobre toda vuestra vida...»

Así era la manera cómo se explicaba, Magloire, y con demostraciones tales, que me parece bastante difícil daros sobre ellas una idea.

¡Era absurdo lo que ella decía, era insensato!

¿Pero la pasión no es absurda é insensata?

Aquello no era, por otra parte, una inspiración violenta de su orgullo herido, era aquella una venganza con la cual me amenazaba.

En la precisión de sus frases, en la seguridad

de sus golpes, me era imposible no reconocer un proyecto madurado durante mucho tiempo, cuyo espantoso resultado había calculado y en el cual se fijaba irrevocablemente.

Estaba lleno de terror.

Y como guardaba un sombrío silencio:

—«Y bien! me preguntó friamente.»

Ante todo, necesitaba ganar tiempo.

—«Y bien! respondí, no me explico vuestra cólera. Ese matrimonio de que acabo de hablaros, nunca ha existido sino en la imaginación de mi madre...»

—«Es verdad? me preguntó.»

—«Os lo afirmo.»

Y examinándome con mucha sospecha:

—«Vamos! os creo, dijo al fin dejando escapar un prolongado suspiro. Pero estais ya prevenido. Ahora, desechemos esas desagradables ideas.»

Ella podría hacerlo fácilmente, pero yo no.

Me separé de ella con la rabia en el corazón.

Así, pues, la condesa había dispuesto de mi. Tenía para la vida, alrededor del cuello, esa cuerda fatal cuyo peso se hacía cada día más insoportable.

Pensaba que á la menor tentativa hecha por mí para romperla, debía esperar un escándalo abominable y alguna de esas aventuras siniestras que llegan á despedazar á un hombre.

¿Podía al menos esperar que llegaría á hacerla escuchar la razón?

No, estaba de ello seguro.

Sabía demasiado que perdería mi tiempo tratando de recordarle que no era tan culpable como había querido decirlo, y demostrarle que su venganza afectaría más que á mí todavía, á su marido y á sus hijos, que si tenía que reprocharle al conde de Claudieuse las condiciones de su casamiento, sus hijas eran inocentes.

Pero en vano me empeñaba en buscar una salida á aquella horrible situación.

Por mi honor, Magloire, había momentos en que estaba tentado de llevar á cabo el casamiento ó inventar algo parecido para determinar á la condesa á proceder, para obligarla á cumplir esas amenazas siempre suspendidas sobre mi cabeza.

No temo el peligro, pero saber que existe y esperarlo con los brazos cruzados, me es insostenible. Es preciso que lo afronte.

La idea de que la señora de Claudieuse se valdría del conde para contenerme, me trastornaba. Me parecía ridículo é innoble á la vez, que hiciera de su marido el gendarme de su amante. ¡Pensaba, pues, que me causaba miedo! ... ¡Ah! cómo le habría escrito todo, si aquel denunció no me hubiera parecido odioso!....

Mi madre, sin embargo, me había preguntado el resultado de mis reflexiones con motivo del casamiento de que me había hablado y fué con un vivo tinte de rubor en el rostro con el que le respondí que decididamente no quería casarme todavía, que me encontraba muy joven para aceptar la responsabilidad de una familia.

Era la verdad; pero aun cuando no lo hubiera sido, era menester decirselo así.

Hé aquí á qué punto había llegado, repitiéndome que era necesario acabar y fluctuando entre resoluciones contrarias cuando la guerra estalló.

Mis opiniones, más todavía que mi edad, me hicieron soldado.

Corrí á Boiscorán. Acababan de organizar los móviles del Departamento, me nombraron su capitán, y en seguida nos fuimos á unir al ejército del Loira.

En la disposición de espíritu en que me encontraba, la guerra no podía aterrorizarme; toda emoción me parecía buena, con tal que pudiera proporcionarme el olvido.

Mi mérito, pues, fué grande por haber mostrado algún valor.

Por lo tanto, como las semanas trascurrían y despues los meses, sin que hubiera oído hablar de la condesa de Claudieuse, me vino la

secreta esperanza de que me olvidaría y que el tiempo y la ausencia ejercerían su acción, quedándose ella resignada.

Terminada la guerra, volví á Boiscorán, y lo mismo que en los meses trascurridos, la condesa no me dió señales de vida.

Comencé á tranquilizarme y á recobrar la posesión de mí mismo, cuando un día el señor de Chandoré me encontró y me invitó á comer.

Acepté, y entonces ví allí á la señorita Dionisia.

Hacía mucho tiempo que la conocía y su recuerdo no había tal vez dejado de contribuir á apartarme de la señora condesa de Claudieuse.

Pero siempre había tenido la prudencia de huirla, temblando por el temor de atraer sobre ella alguna siniestra venganza.

Aproximado á ella por su abuelo, no tuve ya el valor de alejarme.

El día en que me pareció leer en sus hermosos ojos que me amaba, tomé mi resolución y me dije que me atrevería á todo.

Pero cómo expresar mis angustias, Magloire, y con qué ansiedad preguntaba yo cada noche al volver á Boiscorán:

—¿No han traído carta?

No había venido nada.

Y sin embargo, era imposible que la conde-

sa de Claudieuse no hubiera oído hablar de mi casamiento.

Mi padre había ido á pedir la mano de Dionisia; me la concedieron, había sido admitido oficialmente para hacerle la corte; únicamente faltaba fijar el día de la ceremonia....

¡Aquella calma me asombraba!

Fatigado, jadeante, Santiago de Boiscorán se había detenido, apoyando las dos manos en su pecho, como para comprimir los desordenados latidos de su corazón.

Tocaba ya á lo último.

Y sin embargo, en vano había esperado del abogado de Sauveterre, una palabra ó una demostración de estímulo.

El señor Magloire permanecía impenetrable; su fisonomía estaba impasible como una máscara de plomo.

En fin, con un gran esfuerzo:

—Sí, continuó Santiago, aquella calma me parecía presagiar la tempestad. Ser amado de Dionisia era demasiada felicidad.

Esperaba un estallido, una catástrofe, alguna cosa funesta.

Lo esperaba de una manera tan positiva, que acabé por decidir en mí mismo, que era de mí deber confesarlo todo al señor de Chandoré. Lo conocéis, Magloire. Ese viejo gentilhomme, es la mas pura, la más respetable ex

presión del honor, Podía confiarle mi secreto tan impunemente, como en otras veces en mis horas de delirio, entregaba al viento de la noche el nombre de Genoveva.

¡Ay de mí! por qué he vacilado, combatido y tardado tanto....

Una palabra pronunciada entonces, me hubiera salvado, y no estaría aquí acusado de un crimen atroz siendo inocente y reducido á veros dudar de mis palabras.

Pero la fatalidad pesa sobre mí.

Después de haber contenido durante toda una semana mis confesiones, una noche con motivo de una palabra de Dionisia, á propósito de presentimientos, me dije, muy decidido á cumplir con mi palabra: Será para mañana.

Y al día siguiente, en efecto, partí de Bois-corán más temprano que de costumbre y á pie, porque tenía que dar órdenes á una docena de obreros que trabajaban en mis viñas.

Me fui por los campos, para que el camino fuera más corto. ¡Ay de mí! ¡ningún detalle ha escapado de mi memoria! Dadas mis órdenes, acababa de tomar el camino real, cuando encontré al viejo cura de Bréchy que es mi amigo.

—Necesito, me dijo, que me acompañéis. Puesto que vais á Sauveterre, no os alejará

demasiado tomando el camino que pasa por Valpinson y los bosques de Rochepommier.»

¡De qué depende el destino, sin embargo!..

Acompañé al cura y no lo dejé sino en ese lugar en que la vereda se cruza con el camino real y que en los alrededores se conoce con el nombre del «Crucero de los Mariscales.»

Encontrándome sólo, apreté el paso, y ya casi había atravesado el bosque, cuando de repente, á veinte pasos de mí, viniendo en sentido inverso, reconocí á la condesa de Claudiuse....

Por grande que fuera mi asombro, proseguí mi camino, dispuesto á contentarme con saludarla sin dirigirle la palabra.

Así lo hice y ya había pasado cuando escuché que me llamaba:

—¡Santiago!...»

Me detuve, mejor dicho, me sentí clavado en aquel lugar por el efecto de aquella voz, que por tanto tiempo habia ejercido sobre mi alma un imperio absoluto.

Entonces ella se aproximó. Estaba todavía más asombrada que yo, su mirada vacilaba, sus labios temblaban.

—Y bien! me dijo, no es una ilusión, esta vez os casais con la señorita de Chandoré.»

Había pasado el tiempo de las contemplaciones.

—«Sí, respondí.»

—«¡Ahora, es ya una verdad, replicó, que todo queda terminado! Sería en vano queo s recordara aquellos juramentos de un eterno amor que me jurásteis en otro tiempo, allí bajo ese grupo de encinas, enfrente de ese admirable horizonte.... Son los mismo árboles y el mismo paisaje, soy la misma mujer.... solo vuestro corazón ha cambiado....»

No respondí.

—«La amais, pues, mucho? insistió.»

Seguía guardando obstinadamente silencio.

—«Os comprendo, dijo, os comprendo demasiado. ¿Y ella, Dionisia? Os ama hasta el punto de no saberlo disimular. Detiene á su amigas para hacerles saber su casamiento y les participa cuánta dicha siente..... ¡Oh! sí, es muy dichosa en efecto!.... Ese amor que era mi vergüenza es su gloria... Yo estaba reducida á ocultarlo como un crimen y ella se envanece de él como de una virtud.... Las convenciones sociales son absurdas é inicuas, pero es bien loco el que trata de sustraerse á ellas....»

Las primeras lágrimas que le he visto derramar, brillaron entre sus largas pestafias.

—«¡No ser ya nada para vos, replicó, nada!.... ¡Ah! ¡he calculado demasiado!.... ¡Recordáis que al día siguiente de la muerte

de vuestro tio, siendo ya rico, me propusisteis la fuga? Rehusé. Defendía mi renombre, tenia sed de consideraciones. Creía que podía dividirse la vida en dos partes; consagrando una al placer y la otra á la hipocresía del deber. Pobre loca!.... Y sin embargo, hace mucho tiempo que he adivinado vuestra lasitud. ¡Os conocía muy bien! Vuestro corazón era para mí como un libro abierto en donde leía vuestros más secretos pensamientos. Entonces podía reteneros todavía. Debí haberme hecho humilde, previsora, sumisa.... En lugar de eso, pretendí imponerme....»

Un espasmo le cortó la palabra.

Despues, bruscamente:

—«Y vos, me preguntó, ¿sois dichoso al menos?»

—«No puedo serlo completamente, sabiendo que sois desgraciada.... respondí. Pero no hay dolor que el tiempo no cicatrice, olvidadéis....»

—«¡Jamás! exclamó.»

Y bajando la voz:

—«Puedo olvidaros, prosiguió, cuando sin cesar encuentro vuestra mirada en los ojos de la más pequeña de mis hijas?.... El señor de Claudieuse es más afectuoso con ella que con la mayor.... ¿Imagináis lo que sufro cuando la tiene sobre sus rodillas, cuando la acaricia,